





EL NUEVO MUNDO Y LA CORONA PERDIDA



David Martínez Mey

EL NUEVO MUNDO
Y LA CORONA PERDIDA





Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© David Martínez Mey

ISBN: 978-84-18097-18-8

ISBN digital:978-84-18097-19-5

Depósito legal:M-38048-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



Agradezco a Jordi Martínez Mey, Aurelio Moro Redondo, Ariadna García Urosa y Jason Aldrey por toda la ayuda, el tiempo y la dedicación prestada. Quiero dedicar esta obra de una forma muy especial a todos esos valientes que luchan cada día por crear un mundo mejor.



1

En un bosque situado lejos de la civilización humana habitaba una colonia de hormigas que vivían bajo una aparente armonía, protegidas y disciplinadas mediante unas estrictas leyes jerárquicas. Dentro del sistema establecido residía el protagonista de esta peculiar historia, ocupando el escalafón más bajo de toda la colonia.

Dentro de aquel hormiguero, un grupo de hormigas obreras trabajaban muy duro durante todo el año, cavando túneles sin ningún tipo de descanso. Día tras día, todas juntas cantaban una canción mientras el primer grupo de obreras usaba el pico, y el segundo grupo amontonaba la arena.

—¡Continuad!, ¡más rápido! —gritaba siempre el capataz.

Un día inesperado, una de ellas soltó el pico y cayó al suelo. Se retorció a causa de un extraño dolor que le apareció en el vientre. El grupo interrumpió sus labores cotidianas y la observaron. El capataz comenzó a gritar y dar órdenes. Las hormigas, atemorizadas por la dureza del capataz, continuaron trabajando como si nada hubie-



se ocurrido. En un tiempo fugaz avisaron a la asistencia médica, y estos recogieron del suelo al enfermo para trasladarlo a Hormigo-urgencias. Era Max, una hormiga obrera que se había pasado toda la vida trabajando en aquellos túneles, pero aquel día sufrió un terrible dolor que le impidió continuar. Poco más tarde llegó a la enfermería y le hicieron unas pruebas. Tras realizarle los análisis correspondientes, la hormiga doctora le diagnosticó una extraña enfermedad. Los duros y largos años que había pasado cavando en los túneles le habían hecho perder fuerza, y su deterioro era tal, que aquel día ya no pudo resistir.



La doctora le insinuó a Max que ya estaba demasiado frágil para trabajar. Le hizo comprender que la labor que había desempeñado durante toda su vida cavando en los túneles había acabado para siempre. Max sintió preocupación al oír lo que la doctora le había confesado, y durante su estancia en el hospital se mantuvo angustiado ante lo que estaba a punto de depararle aquel drástico y repentino cambio en su vida.



Después de recuperarse del dolor y recibir el alta médica, la doctora le dio un sobre con una carta. Le pidió que no lo abriera y se lo llevara de inmediato al oficial de mayor rango. Max, lleno de curiosidad, salió con aquel sobre en la mano y se dirigió a la cámara real. De camino se encontró con su amiga Yua, otra hormiga obrera que trabajaba con Max en los túneles.

—¿A dónde vas? —preguntó Yua.

—Voy a la cámara real.

Yua, incrédula, sonrió y añadió:

—¿Vas a conocer a la reina?, ¿tú? ¡Bah!, mientes.

Tiene razón —pensó Max—, ¿qué necesidad tiene su majestad de conocer a un pobre obrero? No, viejo, no te hagas ilusiones...

Dos hormigas soldado custodiaban el acceso a la cámara, armadas y dispuestas a dar su vida por la realeza. Una de ellas le impidió el paso a nuestro amigo al percatarse de que este quería entrar. Acto seguido, le exigieron identificarse. Max le ofreció el sobre y esperó paciente a que las hormigas soldado tomaran una decisión y le permitieran el paso. En el dorso de la carta aparecía el nombre del general del ejército y el inconfundible sello de Hormigo-urgencias.

Tras una breve inspección de su contenido, le permitieron el paso a nuestro asustadizo amigo, y Max quedó maravillado al cruzar el umbral de acceso y ver lo que había en el interior de aquella majestuosa bóveda. Él siempre había querido vivir en un lugar como el que se mostraba ante sus ojos; era un lugar mágico, totalmente distinto a lo que él siempre había conocido. En aquel instante, imaginó que después de haber trabajado durante tantos años en los túneles, sería un sueño poder acabar sus días en aquel maravilloso lugar, era un premio que merecía sin duda, y se ilusionó con la posibilidad de tener una vida mejor que todo lo que había tenido hasta ahora. Finalmente, permaneció inmóvil y expectante a que alguna de aquellas ilustres hormigas se dirigiese a él.

El general Preston era conocido por todos, incluido Max. Era el portavoz de la reina en las conferencias que ofrecía a la plebe, y con regularidad impartía órdenes a todos los capataces de todas y cada una de las áreas del hormiguero.

Uno de los soldados acompañó a nuestro amigo al despacho del general, le indicó dónde estaba la entrada y se retiró ante la atenta mirada de Max. Luego se detuvo ante la puerta y esperó con cierta impaciencia a que el general le atendiera. Preston abrió la puerta del despacho y se dirigió a nuestra apocada hormiga:

—¿Es usted Max?

—Sí, señor... —contestó.

—Camarada, ¿me permite ver el contenido de la carta?

Max le entregó el sobre y esperó nervioso a que el general acabara de leer el informe. La suntuosa hormiga frunció el entrecejo y se mantuvo pensativa durante un instante. Después, miró a Max y le dijo:

—Acompáñeme.

Max le siguió con cierta timidez, y ambos mantuvieron una conversación al mismo tiempo que recorrían la lujosa bóveda.

—Voy a ser directo con usted —expresó el distinguido oficial—. ¿Le gustaría vivir en estos aposentos? Sería un buen lugar donde acabar su vida.

A nuestro amigo le pareció increíble la ofrenda del general, y se mostró sumamente agradecido. No estaba acostumbrado a un trato tan cordial, ni tampoco a mez-

clarse con hormigas de la realeza. Aceptó sin dudarle un instante, pero antes debía entregarle algo a cambio.

—Camarada, yo puedo ofrecerle una larga estancia en este lugar y nuevos privilegios. Ya no tendrá que trabajar más y obtendrá una vida próspera, pero a cambio tendrá que cumplir una misión.

Max se sintió halagado y a la vez extrañado de que una hormiga de semejante categoría le hubiese elegido para un asunto del que él presentía era de suma importancia.

—Cuénteme, señor oficial, ¿de qué se trata?

El general le explicó que la hija de la reina, la princesa Laya, había perdido una valiosa joya en una de sus lejanas expediciones. Para recuperarla, debía viajar más allá de estas tierras. Le entregó un mapa y le señaló mediante unas indicaciones el camino que debía tomar. Su último cometido para con su comunidad y su reina era traer esa reliquia de vuelta. Era una aventura arriesgada, pero el general Preston le hizo entender a Max que era el elegido por la reina entre millones de hormigas para ejecutar la misión. Era de vital importancia traerla de vuelta, y si Max lograba recuperarla, sería recibido como un héroe a su regreso.

Max le preguntó al general si disponían de soldados para realizar la misión, pues el hormiguero contaba con hormigas más jóvenes, sagaces y valientes que él, que conocían mejor aquellas tierras, y era obvio que él solo era una hormiga cansada y enferma. En aquel instante el general Preston le reveló que era una misión secreta, de la cual nadie debía enterarse, y que él era el más idóneo para esa clase de cometido.

—Usted es el más indicado para cumplir dicha misión, camarada. Es un servidor leal, y se ha sacrificado más que nadie por este reino. Sé que no se rendirá y entregará su propia vida si fuera necesario, si con ello logra recuperar la joya que la reina ha solicitado. Ahora debe prepararse para emprender su viaje hacia aquellas lejanas tierras.

—¿Qué hay en aquel lugar? —preguntó Max, confuso.
—Lo sabrá cuando llegue...

Nuestro pequeño amigo fue persuadido por el oficial de mayor rango, se sintió halagado por toda la confianza que la realeza había depositado en él y juró servir con lealtad a su reina, prometiéndole al general que no le defraudaría. En ese instante, imaginó el exquisito recibimiento que le brindarían a su regreso, y sobre todo la nueva vida que le esperaba en la cámara real tras ese último viaje.

Se despidieron, y Max se dirigió a su humilde morada. Esa misma noche preparó su escaso equipaje. Luego se tumbó en su lecho, se mantuvo con los ojos abiertos, embriagado por una tensa calma y en un profundo silencio. En realidad, sentía temor a lo desconocido; después de una larga vida de duro trabajo sintió que algo nuevo se avecinaba, un cambio radical en su vida, pero no fue capaz de descifrar qué tipo de sensación le suscitaba aquel presentimiento.

A la mañana siguiente le explicó a su fiel amiga Yua que debía marcharse. Ella no pudo contener las lágrimas cuando le explicó, sin entrar en detalles, que debía partir en ese instante hacia un lugar desconocido y peligroso a



su vez, pero necesario para el bienestar de su reino. Ambos se abrazaron, y Max le prometió a su querida amiga que le esperase paciente a su regreso.

La luz se hizo más notoria a medida que Max ascendía por uno de los túneles superiores del hormiguero. Tras despedirse de sus pocos amigos y de su amiga Yua, con mochila en la espalda y mapa en mano, se dirigió a la superficie, dispuesto a realizar el viaje más peligroso y apasionante de su vida.



Max alcanzó la superficie y quedó perplejo al observar todo cuanto le rodeaba. Era un mundo compuesto de seres gigantes donde todo era verde y diáfano, iluminado por esa masa redonda de color amarillo a la que todos llamaban Sol. Se preguntó de qué tipo de material estaba hecho el colosal techo azul que cubría la inmensa bóveda. Y desconocía de dónde surgían todos esos ruidos extraños y nuevos para él.



Se sintió minúsculo al descubrir que cualquier cosa era de un tamaño mayor que el suyo, y en ese instante comprendió que siempre había vivido en el interior de un agujero bajo un mundo gigantesco. De ahora en adelante, pensó que lo mejor era pasar desapercibido ante aquel lugar desconocido y aparentemente hostil, pues de lo contrario su vida correría peligro, y en ese caso pondría en riesgo su misión.

Sin ser consciente, traspasó las fronteras de su tierra y se dirigió a un desconocido destino, guiado por el mapa que el general Preston había trazado para él. Siguió las indicaciones al detalle. Cruzó campos, arroyos, montañas,

y descubrió cientos de especies desconocidas. Todos los animalillos le observaban desde sus escondrijos a medida que Max avanzaba por el bosque. Era un completo desconocido, y todos se preguntaban qué asuntos habían llevado a aquella hormiga extranjera a abandonar su hogar.

Tras una larga travesía por la hojarasca, al llegar el ocaso del primer día de su partida encontró a un caracol que se desplazaba en su misma dirección. El caracol se movía de un modo torpe y lento, y tenía aspecto de ser un animal inofensivo. Aquel ser parecía estar ensimismado, pues hablaba consigo mismo, y de tanto en tanto gruñía sin motivo. Max decidió preguntar al señor caracol por la ruta más corta que llevaba al destino marcado en el mapa, ya que la ruta señalada por el oficial estaba repleta de montículos escarpados que resultaban agotadores de atravesar, y que le impedían, en cierta manera, continuar el camino.

El señor caracol se detuvo, observó a la minúscula y asustadiza hormiga y no se mostró demasiado amigable.

—¿Qué intereses te han traído a este lugar, forastero? — preguntó el caracol, usando un tono de voz poco afable y mostrando cierta desconfianza.

Max, pese al mal carácter del señor caracol, decidió enseñarle el mapa y pedirle consejo. Intuyó que aquel ser de largos cuernos que dejaba a su paso un rastro de fluido pegajoso tenía 1.000 años de vida y conocía bien aquellas lejanas tierras.

El caracol le dijo que no le gustaban los forasteros, y que en aquella parte de la región no eran bien recibidos;

además, no encontraba ninguna razón por la cual verse en la obligación de ayudarlo. Nuestro amigo le ofreció unas pequeñas porciones de fruta fresca y hojas que llevaba en la mochila, pero el caracol las rechazó. A continuación, le dijo:

—Lo siento, pequeño. No posees nada que yo desee, y ya estoy demasiado viejo para mezclarme en asuntos que no son de mi incumbencia.

El caracol se marchó sin mirar atrás y desapareció en la penumbra.

Nuestro amigo comprendió que en aquel lugar remoto no hallaría a nadie que le prestara su ayuda, sin embargo, estaba obligado a encontrar el lugar antes de que terminase de consumir las provisiones de alimento que le quedaban en la mochila. Aquella noche se ocultó debajo de una hoja de laurel que estaba junto al tronco de un árbol y se guareció del frío. Después ingirió una pequeña porción de comida, racionada con una precisión extrema para no quedarse sin provisiones a mitad de su aventura.

Tras calmar el apetito se ocultó entre la maleza, y en ese instante miró a su alrededor y se sintió desamparado. Estaba solo en mitad del bosque, en un lugar muy lejos de su casa y a merced de los peligros de la noche; aquella sensación le produjo incertidumbre, y por primera vez en su vida sintió un atisbo de soledad. Tal fue su desaliento que aquella noche apenas durmió.

A la mañana siguiente se levantó, cargó con la mochila a su espalda y continuó el viaje. Avanzó por un camino de tierra paralelo al indicado por el mapa, que era menos



abrupto y se podía avanzar con mayor rapidez, a pesar de que necesitaba mucho tiempo para recorrer grandes distancias debido a su diminuto tamaño y a la escasa velocidad que podía alcanzar sus finas patitas. Unas horas más tarde comenzó a sentirse más cansado, y su cabeza no paraba de repetirle que había seguido mal las indicaciones.

—Me temo que algo no anda bien —dijo Max, sintiendo un sutil palpito dentro de su corazón.



Al pie de un pequeño montículo situado en mitad del bosque que se interponía en su camino, descubrió algo que le resultó impactante. Vio a un animal cuadrúpedo de tamaño gigantesco; su pelaje era de color grisáceo, y sus dos patas delanteras eran blancas. Tenía una cola provista de una pelambreira deshilachada tan extensa que casi llegaba a ras de suelo, y un largo hocico provisto de una lengua diseñada para engullir insectos; no cabía duda de que se trataba de un gran ejemplar de oso hormiguero. Aquella bestia resultaba ser para Max igual que para un ser humano toparse con el diablo, en efecto, el mismísimo dueño y señor de las tinieblas.



Todo su cuerpecito tembló. Sus ojitos entrecerrados se insuflaron ante el espanto que sintió al ver a aquella bestia. El oso hormiguero rastreaba con su hocico todas las cavidades del terreno. Tenía hambre, y Max era su comida favorita. Nuestro amigo corrió lo más rápido que pudo tratando de ocultarse en la maleza, y logró introducirse en el interior de la corteza de un viejo árbol antes de que aquella bestia le atrapara. Se escondió en el lugar más



profundo que encontró dentro de aquel árbol y, bajo la más absoluta oscuridad, se hizo un ovillo y suplicó a sus ancestros que salvaran su vida.

El oso hormiguero, pese a su gran tamaño, era muy sigiloso y uno de los más implacables y sagaces depredadores que existían en el bosque. Nuestro amigo esperó unos minutos a que su cuerpo dejara de agitarse, y en cuanto pudo recobrar un poco las fuerzas, se atrevió a salir de aquel escondrijo y asomó con cierta timidez la cabeza a través de la corteza del árbol donde se había camuflado. Miró en todas direcciones, pero aquella bestia había desaparecido. Hasta que, al mirar hacia abajo, vio una sombra gigantesca perfectamente iluminada por la luz del sol. En ese instante alzó la mirada y vio a la diabólica criatura situada sobre su cabeza, con los ojos inyectados en sangre y a punto de sacar su larga lengua para engullirlo. Nuestro amigo era mucho más lento y torpe que aquel depredador, pero si Max permanecía quieto, el oso hormiguero acabaría con él en un instante, así que, sin pensarlo, salió corriendo a campo abierto, perseguido por aquella monstruosa criatura y, justo antes de alcanzarle, sorprendentemente se levantó un golpe de aire que Max aprovechó para colgarse de una hoja que estaba esparcida por el suelo, y se elevó hacia el cielo colgado de ella a causa de la pequeña ventisca.

La bestia dio un brinco tratando de alcanzar con su hocico aquella hoja, pero no pudo hacer otra cosa que contemplar cómo Max se alejaba con aquel inesperado artefacto volador, que le permitió volar lejos de sus fau-

ces y poder escapar y viajar tan lejos como para lograr perderle de vista.

Nuestro amigo se quedó maravillado al contemplar el paisaje desde el cielo, viajando en su improvisado artefacto silvestre, y descubrió que el bosque era mucho más inmenso de lo que él había imaginado jamás. El viento se había marchado casi en su totalidad, dejando una leve brisa que le permitió planear y hacer un aterrizaje suave y placentero entre la espesura. Sintió miedo al descubrir que había estado a punto de morir en las fauces de aquel terrible monstruo, pero un inesperado milagro logró salvar su vida.

El resto de la mañana se mantuvo ocupado en alejarse todo lo posible de aquel lugar, tratando de trazar un nuevo camino que fuese menos peligroso que el anterior. Una vez, recién entrada la tarde, tras reponerse de aquel susto y recuperar el ánimo, decidió continuar con su viaje.

El crepúsculo había llegado. Max no lograba adivinar la ruta más apropiada para seguir el camino indicado por el mapa. En ese momento miró al manto gris del cielo y no era capaz de comprender la razón por la cual se había inmiscuido en una misión que solo un gran guerrero podría ejecutar con éxito; él no era un soldado, tan solo era un simple obrero que tenía el presentimiento que se acercaba el fin de su vida. Miró de nuevo el mapa, y en ese instante sintió una leve punzada en su abdomen, el mismo dolor que le había impedido seguir trabajando en los túneles y en la misma zona de su vientre, y poco a poco fue agudizándose hasta que le impidió caminar. Se

detuvo, se encogió de hombros y se retorció de dolor, sufriendo las mismas convulsiones que le obligaron a ir por primera vez a Hormigo-urgencias, pero esta vez el dolor fue más intenso, y pensó que su salud iba empeorando a medida que transcurrían los días. Finalmente se desvaneció en la tierra húmeda y, sometido a aquella agonía, acabó perdiendo el conocimiento.

